

## **La literatura se hace futuro en sus lectores: Tradiciones lectoras y construcción de horizontes de memoria**

Carmen Elisa Acosta Peñaloza  
Universidad Nacional de Colombia

### **Resumen**

La literatura participa de las maneras como los lectores asumen su vida cotidiana y de las formas como se representan tanto individual como colectivamente. Así, la literatura interviene bien sea de manera crítica o como forma de identificación de los lectores con sus horizontes de vida. Dada la actualidad que reviste revisar los elementos y factores que hacen parte de la configuración de la(s) memoria(s) colectiva(s), su tensión permanente con el discurso de la historia y con otros discursos sociales ideológicos o políticos, esta ponencia propone diversas aproximaciones a la participación de la literatura en la construcción de la memoria y sus múltiples horizontes, como elementos de construcción de sentidos del pasado. Para este fin, el énfasis se pondrá en la pertinencia de pensar la existencia de tradiciones lectoras –quizá desde comunidades de interpretación hasta formas de formulación del canon–, para establecer un puente entre las expresiones y acciones a las que los individuos y las colectividades responden con sus actos. Así serán abordados algunos problemas como el de la lectura en el tiempo, la lectura de obras en el tiempo, la novela histórica, las diversas miradas sobre la literatura nacional y los problemas de las tradiciones predominantes, la literatura y su participación en la construcción de imaginarios; asumiendo como telón de fondo temas de la literatura del siglo XIX, fundamentalmente colombiano.

**Palabras clave:** Literatura – Memoria – Siglo XIX – Colombia - Lectura

La literatura participa del modo como los lectores asumen su vida cotidiana y de las formas como se representan tanto individual como colectivamente. Desde esta perspectiva interviene bien sea de manera crítica o como espacio de identificación con los horizontes de vida de los lectores. Sobre este presupuesto se ha ubicado la historia de la lectura, el que a la vez se ha constituido en uno de sus más dilatados retos. Plantear que la literatura hace parte de las funciones que constituyen la sociedad y las individualidades es quizá conceptualmente preciso, pero diversos problemas se encuentran cuando se quiere identificar la función de la literatura en determinados cambios sociales e históricos, o en la manera como se integra lo individual a lo colectivo; en las consolidaciones y permanencias históricas como los imaginarios; o en procesos que vinculan diversas colectividades como lo nacional y lo letrado. Un posible ingreso al problema está en pensar la participación de la literatura en la construcción de la o las memorias colectivas en la perspectiva de inferir su participación en la historia, en el futuro.

La crítica a los procesos de memoria, desde la historia cultural, social, de las ideas, política y antropológica, se ha convertido en la actualidad colombiana en un problema central. Esta crítica surge de la necesidad de resolver sus conflictos con las ideologías, la urgencia de reconocer la importancia de los relatos de las memorias en su perspectiva sobre los acontecimientos y en la reconstrucción de las diversas memorias como elementos activos en las formas como las colectividades se apropian de las diversas realidades, no sólo las de la violencia.

A partir de dichas necesidades, esta presentación propone realizar algunas aproximaciones a la participación de la literatura en la construcción de la memoria y sus múltiples horizontes, como elementos que contribuyen a la construcción de sentidos del pasado, horizontes que prepararían una propuesta posterior y más amplia que la integraría desde las voces de la memoria. Para este fin, el énfasis se da en la pertinencia de pensar la existencia de tradiciones lectoras –quizás desde comunidades de interpretación hasta formas de formulación del canon–, para establecer un puente entre las expresiones y las acciones a las que los individuos y las colectividades responden con sus actos.

Esta es probablemente sólo una de las perspectivas que señala la actualidad de revisar los elementos y factores que intervienen en la configuración de las memorias colectivas, su tensión permanente con el discurso de la historia y con otros discursos sociales, ideológicos o políticos. A continuación se esbozan – quizás tan sólo como ejemplos sobre cómo la literatura se hace futuro en sus lectores–, algunos horizontes de construcción de esta memoria, en los que estarán presentes problemas como el de la lectura en el tiempo, la lectura de obras en el tiempo, la novela histórica, las diversas miradas sobre la literatura nacional y los problemas de las tradiciones predominantes, la literatura y su participación en la construcción de imaginarios; asumiendo como telón de fondo temas de la literatura del siglo XIX, fundamentalmente colombiano.

Se puede iniciar, entonces identificando como hipótesis la presencia de la literatura como parte de los “lugares de la memoria”, lo que a la vez contribuye a romper con una mirada cronológica y ubicarse en el presente. A partir de allí los horizontes, diferenciados sólo metodológicamente, se fusionan como formas integradas y activas. En una perspectiva concreta, directa, la literatura se puede pensar en el umbral intermedio entre lo público y lo privado, en la manera como las tradiciones construidas por las historiografías literarias participan de la consolidación de una fuerte tradición, precedida por ejemplo, por la historia conservadora, hispanizante, de José María Vergara y Vergara de 1867, reproducida por su carácter fundacional hasta mediados del siglo XX en las diversas historias de la literatura y su participación en la construcción de la literatura nacional. Así, con variantes y tensiones que permiten nuevas propuestas, se establecen los soportes a un canon, a una tradición literaria y a sus principios, y la manera como la memoria cultural, en su vía letrada, consolida unos valores de lo que se considera una literatura que representa a una colectividad, factores que a la vez entrarán en diálogo con las diversas funciones que sobre lo literario asumen la educación, las academias y porque no, los procesos editoriales.

Este horizonte estará en permanente afirmación y tensión con la manera como se van consolidando diversas bibliotecas ideales, proyectos no sólo institucionales sino también en constante tensión con nuevos propósitos de lo que debe o no ser leído. Es posible que muchos de los procesos lectores o la apropiación de obras, para nuestro caso, del siglo XIX estén determinados por los alcances de la censura o de la exclusión de algunos textos tanto nacionales como extranjeros. El siglo XX iniciará por ejemplo, con la publicación de *Libros buenos y libros malos* del jesuita Pedro Ladrón de Guevara. A la vez los lectores marcarán su diferencia con su cercanía o distancia del polémico y excomulgado José María Vargas Vila; o del poeta Candelario Obeso, poeta negro leído y estudiado sólo hasta la década de los ochenta fundamentalmente por estudiantes de doctorado de los Estados Unidos y los grupos que más que por su poesía, los *Cantos populares de mi tierra*, se interesan por la participación de un afrodescendiente en la comunidad letrada bogotana; o la constante búsqueda de expresión regional en el pasado y en la necesidad de rescatar obras que contribuyan a consolidar la identidad a nivel local, en la que, aunque con otras connotaciones, sobresale la construcción del sentido de lo regional desde autores como Tomás Carrasquilla.

Surge entonces también la pregunta de cómo algunos libros han moldeado las representaciones colectivas del pasado y desde allí tradiciones como por ejemplo, las construidas por los valores de la infancia en las Fábulas de Rafael Pombo; la tradición romántica, con la imagen de una literatura considerada fundacional, el caso de *María* de Jorge Isaacs, que a la vez se consolida en la tradición ideal del personaje femenino, frente a su contemporánea y olvidada hasta no hace poco *Dolores*, de Soledad Acosta, o las de poquísimo recuerdo por parte de los lectores *Manuela*, *Tránsito* o *Aura*. A la vez, las obras participan no siempre en la misma proporción, pesando quizá de manera más fuerte el olvido que el recuerdo, de la construcción de imaginarios sobre la conquista española como representación desde la novela liberal y los imaginarios de la colonia en la novela conservadora. Se da igual la construcción de héroes patrios en las múltiples composiciones sobre Bolívar y así, en la presencia de nuevos horizontes en los que participan tradiciones lectoras, se establecen relaciones entre la memoria y sus diálogos con las historias oficiales en la consolidación de símbolos patrios y parnasos, a la vez que por ejemplo en la configuración de héroes delimitados por la prolífica escritura autobiográfica de memorias y donde lo privado nuevamente participa de la configuración de lo público en su constante posicionamiento al servicio de los intereses particulares (Gómez Müller 2008:8).

Otros horizontes se dan en la relación de la literatura y los procesos de recepción con lo ético, lo político y lo religioso, en el diálogo con otros discursos. Así, es posible pensar en la participación de la literatura en el sentido crítico de la memoria, en una memoria éticamente colectiva, por ejemplo contra la esclavitud, en la manera como interviene en el diálogo en la prensa periódica de novelas por entregas como la neogranadina *El mudo* de Eladio Vergara y Vergara; la norteamericana *La cabaña del Tío Tom* de Harriet Beecher Stowe y la francesa *El mendigo negro* de Paul Feval, publicadas a mediados de siglo en el momento de discusión sobre la abolición (Acosta Peñaloza 2009:193). En otra vía, como parte de los valores considerados naturales y de universal aceptación está, por ejemplo, la huella construida por la publicación de novelas extranjeras católicas como la abundante narrativa de Fernán Caballero entre la que se encuentran *Un verano en Bornos*, *Simón Verde*, *Pobre Dolores* y, por otro lado, *Los Novios*, de Manzoni.

Uno de los horizontes a identificar es el que se construye entre el saber histórico y la memoria, dos formas de abordar el pasado que no siempre se encuentran claramente diferenciadas y que a la vez se intervienen de manera simultánea. En el plano de la lectura tanto en la ficción como en la memoria y en la historia está presente el asunto de la verdad, llámese verosimilitud, recuerdo o versión sobre el pasado. El lector como misterio se ubica frente a la posibilidad que le abre la literatura de identificarse con la representación de su realidad en el recuerdo o la diferencia, en cuanto a la construcción de mundos posibles. El lector se enfrenta con su vida cotidiana en la identificación, cuestionamiento y crítica de sus horizontes de vida. Para el siglo XIX por ejemplo, las funciones del costumbrismo ubican al lector en las tensiones vigentes entre el campo y la ciudad, entre Colombia, América y Europa, entre el pasado y el presente. Pero a la vez, en las novelas, son reiteradas las propuestas sobre la historia, la novela histórica en su toma de posición frente a la colonización, al mundo indígena, a la historia universal – centrada en Europa–; también presentes están los conflictos regionales y la literatura sobre la guerra, enmarcados por permanentes conflictos religiosos y éticos, promovidos por los partidos políticos liberal y conservador y llevados al extremo en la prolífica, y poco leída durante el siglo XX, literatura sobre la guerra de los mil días.

Cuando se piensa en las acciones de las comunidades letradas y sus relaciones con otros lenguajes existe el riesgo de suponer que ellas son el factor determinante de la construcción de las memorias. Su participación está determinada por posiciones no

siempre resueltas desde otros discursos sobre las dicotomías entre lo popular y lo culto, lo letrado y lo que no lo es, y la ruptura teórica de estas dicotomías además de la de realidad y ficción (Chartier 1992a: 33)

La imagen del escritor se convierte así en parte del grupo lector, como partícipe de una forma de recepción productiva en la elaboración de nuevas obras. Pero también lo es en la figura de autor y su papel como intelectual, en los diversos matices de lo cultural, en su rol instituido desde el XIX en el que el literato es político, educador y periodista. Con la imagen del autor viene el papel de lo letrado objetivado en el libro y en el lector, donde a la vez es posible ver cómo las diversas formas de circulación de lo letrado y la práctica de la lectura están configurando unas constantes en la manera cómo las comunidades se representan a sí mismas y cómo en ello interviene su concepción sobre lo social, lo individual, lo sagrado, y en tanto sobre sus actos. (Chartier 1992b:21)

Desde esta perspectiva propongo, como una función de la historia de la literatura, indagar sobre cómo ha intervenido la literatura en la formación de memorias colectivas, en el tejido de las tradiciones lectoras y su participación en la construcción de horizontes de memoria, y cómo se ha dado la participación de este particular espacio de lo letrado en lo colectivo y sus formas de vida para, de esta manera, lograr acercarse a la comprensión de cómo dichas colectividades responden a sus propias experiencias y emiten sus múltiples voces.

## **Bibliografía**

Acosta Peñaloza, Carmen Elisa (2009). *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, (1840-1890)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Chartier, Roger (1992). *El mundo como representación*, Barcelona, Ed. Gedisa.

Chartier, Roger (1992). *El orden de los libros*. Barcelona, Ed. Gedisa.

Gómez Müller, Alfredo (2008). *La reconstrucción de Colombia. Escritos políticos*, Medellín, Ed, La Carreta.